



El sueño  
de las  
*lavandas*

Gretel P. Mito



**EL SUEÑO  
DE LAS LAVANDAS**  
Gretel P. Mito





©2022 GRETEL P. MITO

©2022 Taika Editorial S.A.S  
Calle 63C 21 24 Ap. 201  
Muequeta, Barrios Unidos  
Bogotá, Colombia, 111221  
contacto@taikaeditorial.com

PRIMERA EDICIÓN, ABRIL 2022

EDICIÓN Y CORRECCIÓN

Jazmín Bautista  
Alejandra Canela

DISEÑO DE PORTADA

©Mara Garibay

ILUSTRACIONES

©Fernanda Orozco

ISBN DE LA OBRA

978-958-53552-6-2

No se permite la REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL de este libro ni su incorporación a un sistema informático, así como tampoco su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio sea este electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros métodos presentes o futuros sin el permiso previo y por escrito de los titulares del COPYRIGHT.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de DELITO contra la propiedad intelectual.

EDITADO E IMPRESO EN COLOMBIA

# [ ÍNDICE ]

CHERRY	6
SAUDADE	31
DIEZ CENTAVOS EL BAILE	37
MIEL	43
LA QUE ARRIESGA	47
EXPRESO DE CHOCOLATE	53
EN EL UMBRAL	61
CLAVELES DE INVIERNO	67
EL CAPRICHIO DE LAS ESTRELLAS	97
FLORES DE SAL	103

*Para mis padres, familia y amigos. Sobre todo, para mi hermano, quien apostó por mi libro. Y para todas las musas que han pasado por mi vida. Gracias.*

## [ CHERRY ]

**L**AS notas del piano flotaban embrujadas en el humo de los cigarrillos y entre los licores que perfumaban las voces de los presentes aquella noche. Frente a las teclas, Alexis también manifestaba una leve embriaguez. Junto a las sombras, su pelo corto y la posición de espaldas al público le proporcionaban una endeble valentía y una barrera que evitaba comentarios no solicitados. Aunque nunca faltaba el idiota que pinchaba su utopía al preguntarle qué hacía una mujer tocando milonga entre malevos y prostitutas. Esos pocos idiotas lo juzgaban por su apariencia, por el cuerpo en el que había nacido y no por quién era ni por el hombre en el que se había construido al deshojar los pétalos que alguna vez lo revistieron.

Sin embargo, no parecía que aquel fuera el escenario esa noche. Así se lo hizo saber el estruendo de las risas de los *habitué*, mismo que opacó la melodía y ocasionó un traspíe de sus dedos y una sonrisa en sus labios. Por el espejo que ocupaba toda la pared detrás de la barra, y que Alexis utilizaba para espiar el mundo a su espalda, divisó a las culpables y ladronas de toda la atención de su público, quienes no paraban de alzar sus voces. Alexis no era más que un mero espectador en esa obra y, en cambio, eran Cheryl y Donna las protagonistas que hacían girar la noche con el impulso de sus muslos y caderas; ambas tan diferentes, como igual era su encanto.

Cheryl era de esas mujeres que se encuentran una sola vez en la vida. Su país de procedencia era un misterio. Un aire arrebolado y oscuro giraba a su alrededor, como sus rizos que, estirados por alguna fuerza invisible, nunca terminaban de armarse y enmarcaban un rostro de facciones de reina egipcia. Su piel, eternamente besada por el sol, imitaba al azúcar morena. Era alta, de piernas largas y de esbeltos tobillos que le quitaban el aliento a quien se cruzaba con ella. Su cuerpo era un conjunto de curvas pronunciadas, como las de un violonchelo. Incluso, parecía haber robado su voz al instrumento y hacía vibrar a más de uno con solo escucharla. En los lugares que frecuentaba, vestida siempre con atrevidos escotes que dejaban a la vista las bondades con las que el Señor la había ataviado, la conocían por el nombre de Cherry: un juego entre su nombre, y el color pastoso y rojizo con el que pintaba sus carnosos labios. No era una muchacha que cualquier hombre —o mujer— pudiera manejar; pero, por unos cuantos billetes, te dejaba hacer con ella lo que quisieras, siempre y cuando te atrevieras a mirar sus ojos negros al momento de pedírselo.

Si Cheryl era una fresa firme, con la acidez justa, Donna asemejaba a un melocotón maduro y jugoso. Al contrario de Cheryl, era más fácil acercársele, pero una vez mordida la fruta, la adicción era instantánea. Toda ella era una curva infinita, como un arco iris al que nunca encuentras el final. Su apariencia esponjosa invitaba a contarle todos tus deseos a los que ella se sometería con una sonrisa —¡si pudiera decir los lugares que ha besado esa boca!—. Como una visión divina, su cabello fino y rubio, y sus ojos verdes imitaban a la naturaleza y brillaban a la luz de los faroles mientras paseaba por la calle oronda con sus camisas blancas, casi traslúcidas, al punto que los muchachos púberes mojaban sus pantalones cuando podían ver las areolas oscuras de sus grandes pechos al descubierto. Era de pequeña estatura y rechoncha, típica mujer italiana. Nunca llevaba maquillaje y, aunque nadie le puso sobrenombre, no hacía falta cuando esa boca podía hacerte gritar «¡Oh, bella Donna...!» en docenas de idiomas y las incon-

tables veces que tu cuerpo resistiera la pasión que esas curvas suaves y eternas podían regalarte.

Por sus camas, cada noche, pasaban decenas de hombres dispuestos a olvidar la frigidez de sus mujeres o la frialdad de las sábanas con las que se encontraban al volver a su casa. Los primeros solían frecuentar más a Cheryl; los segundos, a Donna.

Alexis no había podido resistirse a ninguna de las dos y, aunque la amistad había brotado entre los tres, cuando la soledad de su existencia incomprendida golpeaba en su consciencia, dejaba que Cherry lo desarmara una noche y que Donna juntara los pedazos con sus abrazos y caricias a la siguiente.

Alguien que no conociera a las muchachas, o que solo hubiera compartido las sábanas con ellas, quedaría pasmado con sus peleas en el bar, pero aquella era una escena que se repetía casi religiosamente cada noche que compartían el mismo lugar. Esa era, sin duda, la verdadera personalidad de las muchachas, o eso le gustaba pensar a Alexis. Después de todo, complacer a los clientes solo era un trabajo para ambas y cada una había encontrado la fórmula que les daba resultado.

A Cheryl, dominante y filosa como un cuchillo en la cama, parecía que le gustaba hacer enojar a Donna mientras esperaba a su próximo cliente; le encantaba verle los cachetes rojos de ira o de vergüenza, según la ocasión. No muchos lograban eso de la petacóna jovencita; tal vez lo más justo sería decir que la morocha era la única que podía hacerla enfurecer tanto. Los hombres y mujeres que frecuentaban los lugares en los que ellas se dejaban caer reían a carcajadas cada vez que un nuevo pleito comenzaba y se unían a un bando en la eterna competencia de saber cuál de las dos tendría más clientes esa noche. Cheryl y Donna eran tan diferentes en su personalidad y su físico; sin embargo, viéndolas juntas, Alexis casi pensaba que eran hermanas: mientras una reía discreta, la otra le gritaba quién sabe qué improperios en su lengua materna.

Siempre había risas para los clientes cuando ellas peleaban porque todos sabían que aquellos insultos no eran dichos a pecho,



sino que era una manera más de comunicarse entre ellas, de hacer más llevadero aquel trabajo que a las dos les había tocado elegir.

Pero así como la utopía se rompía para Alexis ciertos días, las risas no siempre estaban presentes. Había momentos en que los hombres se callaban y guardaban un respetuoso silencio, mientras el piano de Alexis se hacía un arrullo de fondo a la espera de calmar a las fieras. A veces, se asustaban, y el miedo de que los pleitos se hicieran cuerpo les llenaba el alma; miedo de que se convirtieran en la realidad de la que buscaban escapar cuando estaban allí, a la espera de hallar sueños y fantasías en la boca de una botella o la de una prostituta. Castillos de ilusiones contruidos demasiado cerca del mar, que se desplomaban cuando aquel hombre aparecía y se robaba los sonidos con sus sombras.

Alexis nunca pudo ver su rostro desde su posición en el piano, pero le era difícil no reconocerlo: siempre vestía un sobretodo *beige*, largo, que tapaba prolijamente sus trajes oscuros, a veces azules, a veces negros. Un sombrero de ala ancha le ocultaba el rostro con tinieblas que se confundían con las volutas de humo mientras estas danzaban y corrían a su paso. Aquella era una escena tantas veces ensayada que no tenía que ver a Donna para saber que los ojos verdes de la muchacha estarían puestos en él mientras se acercaba con esos pasos cortos y de andar cansino, elegante, a la mesa que compartía con Cherry. Alexis se imaginaba que así debían caminar las grandes estrellas del cine una vez abandonaban las vestiduras del papel actuado. Cuando él aparecía, el mundo entero se volvía un decorado de cartón. No había nada más que Cherry, Donna y esa manzana de la discordia envuelta en un tapado claro. Y cuando el extraño quedaba plantado frente a la mesa y tendía su mano a Cherry, como en cada una de sus visitas anteriores, todos contenían el aliento para tratar de que el equilibrio perdido no terminara por desbaratar aquella realidad efímera que compartían. Alexis, en esos instantes, no era capaz de mirar a Donna cuando, intuía, no era su mirada la que tanto ansiaba.

La única que la miraba era Cheryl, con una sonrisa entre traviesa y nerviosa.

El ruido de una botella al caer descuidadamente sobre la madera atrajo la atención de todos los presentes que fulminaron al culpable, como si haber roto el silencio mortecino hubiera sido el peor pecado cometido en su vida. Y en parte podría serlo, podía ser culpable de despertarlos y recordarles que la vida existía fuera de aquellas cuatro paredes, que todos tenían problemas a los que deberían volver una vez emergieran de la cómplice oscuridad y regresaran a la llanura gris que los esperaba.

Nadie vio a Cherry marcharse del bar con el hombre, ambos envueltos en la misma aura misteriosa, como si fueran a escaparse de la película o estuvieran por entrar en ella. Nadie salvo Donna, sentada en la mesada, hecha una estatua. Parecía que todos aquellos sentimientos de furia que nunca eran verdaderos cuando le gritaba a Cheryl, se volvían sinceros en su silencio; en la manera en la que abría más y más los ojos, tratando de evitar que las lágrimas que atraía el enojo se vertieran por sus regordetas y rojas mejillas. Pero la tristeza de una prostituta no alcanza a parar el mundo y, lentamente, el vacío sonoro se rompía y los murmullos subían de tono hasta convertirse en charlas, en risas y carcajadas, cualquier cosa que sirviera para olvidar aquel mundo externo y doloroso.

Alexis se preguntaba qué habría de especial en ese cliente para interponerse en la jubilosa hermandad de las muchachas, pues ninguna de las dos era una ingenua rosa recién llegada al mundo, y filosas eran las espinas con las que se protegían del encanto de sus clientes.

Pocos minutos después, Donna aceptó la mano de otro de ellos y se fue del bar, pero Alexis sabía que su alma se había quedado allí en esa mesa.

—X—

—¿No estás contenta, Cherry? Vino de nuevo por vos.

El ruido de fondo en la cantina llegaba a sus oídos, difuminado como el repiquetear de la lluvia tras el vidrio del enorme ventanal. Las personas dentro se acurrucaban las unas a las otras,

sin importarles mezclar los olores que el sudor del trabajo diario ocasionaba. Charlaban melancólicos, abrazados a la botella de alcohol, y esperaban, mientras sus ropas se secaban, que ese líquido se llevara el frío de la calle y, con suerte, el de sus corazones.

Alexis había escuchado a la chica nueva hablarle a Cherry y sus ojos se volvieron hacia Donna sin pensarlo. Hacía semanas que las jóvenes no se dirigían palabra y trataban de hacer como que la otra no existía. Simplemente estaban ahí para aguardar por el próximo cliente, cada una en su mesa. Cada tanto, no obstante, el pianista era testigo de las miradas furtivas que Donna le dirigía a Cherry cuando pensaba que nadie la estaba observando. Pero Alexis no era el único que se daba cuenta; cuando Cherry la descubría espiándola, le dedicaba una sonrisa parecida a esas que solía dirigirle, antaño, al momento de abandonarla de la mano del galán misterioso.

—No te das una idea de cuánto. —Oyó a Cheryl responder. Las mejillas de Donna brillaron como tomates incluso bajo la tenue luz del interior del bar, culpa, seguramente, de las palabras y de haberse visto descubierta en su escrutinio.

Cherry no esperó a que el hombre llegara hasta la mesa pues ya se había levantado para acercarse hasta él con un paso casi obscuro de lo lánguido que era. Las compañeras que habían quedado atrás vitorearon y levantaron sus copas, y recibieron por respuesta un vahído sacudir de mano de Cherry, quien ya cruzaba la puerta para perderse en la boca de la noche.

—No sé qué tendrá ese hombre, pero espero que sea una abultada fortuna o me voy a sentir estafada. —Le escuchó a una de ellas. Alexis frunció el ceño, pero no dejó de tocar. Al contrario, sus dedos golpearon con más fuerza las teclas para tratar de que su sonido opacara las palabras antes de que llegaran a oídos de Donna.

—No sé, no sé... —dijo otra—, algunos de los clientes que compartimos me dijeron que solo realiza «francesas» últimamente. Eso le hizo perder clientes, pero bueno, ¡más para el resto!

La mesa y las contiguas, que andaban a la caza del chisme, estallaron en risas, así que no pudieron oír cómo Alexis le erraba a todo un pasaje de la melodía que estaba tocando. Una vez recom-

puesto y seguro de que no volvería a equivocarse, despegó los ojos de las teclas y observó a Donna por el espejo. La muchacha reía, o al menos eso intentaba, en respuesta a lo que fuera que el hombre sentado a su mesa le estaba contando. Por suerte para ella, el cliente parecía más preocupado por lo que vendría luego de que abandonaran el bar que por tratar de divertir a una prostituta.

Lo que las otras mujeres contaban no era una sorpresa para Alexis, y seguramente tampoco lo fuera para Donna. Después de todo, habían hecho de la cantidad de clientes que podían tomar por noche un juego y las matemáticas no mentían: Cherry definitivamente estaba teniendo menos clientes, sobre todo las noches siguientes de que el hombre viniera a buscarla. Y no todos sus clientes aceptaban que no les diera el servicio completo, así que era cierto que había muchos más peces para el resto. Donna venía ganando la competencia desde hacía varias semanas, pero Alexis no creía que aquello la hiciera feliz.

—X—

Alexis hubiera pensado que el desvanecimiento de Cherry como rival y compañera le habría asegurado a Donna noches cortas por la misma paga y el poder elegir —si quería— a las personas con las que acostarse; pero Donna se pasaba toda la noche allí, llevándose a los clientes de la mano, con la sonrisa y modales maternas que caracterizaban a su personaje, para luego volver arrastrando los pies, sin preocuparse —al parecer— por otra cosa que no fuera si tenían o no suficiente para pagar por sus servicios. A veces, a Alexis le parecía que los papeles se habían invertido y era Donna la clienta, y los hombres y mujeres que desfilaban por la cañada de sus piernas, los encargados de apaciguar sus demonios.

Esa noche, sin saberlo, Alexis pasó de espectador de esa historia a papel secundario, y fue la suerte, o esa preocupación que le carcomía las entrañas desde que Cherry dejara a Donna como un títere de cuerdas cortadas, la que propició que estuviera cerca cuando el siguiente cliente se acercó hasta la muchacha.

—Oye, Donna. —El oído entrenado de Alexis reconoció de inmediato la voz de un cliente indeseado.

Si esas notas carcomidas por el alcohol, vómito y cigarrillo no alcanzaban como advertencia, había escuchado varias veces a las chicas hablar pestes de él. Solo un par de muchachas se atrevían a estar en su compañía cuando los clientes escaseaban, y eran solo las que tenían la protección suficiente como para saber que el hombre no intentaría nada raro con ellas —era un malnacido, pero no un idiota—. Donna, sin embargo, no era una de ellas y por eso siempre lo esquivaba.

—¿Cuánto por una hora, preciosa?

Ella ni siquiera lo miró mientras levantaba la mano para señalar su precio. Había perdido todo su sentido de autoprotección.

—Donna —llamó Alexis. Sentía los ojos del hombre haciéndole un agujero en la sien, pero no se dio por aludido—, recordá que estaba primero.

—¡Eh, vos, fenómeno, mejor no te metás...! —El hombre se acercó hasta Alexis y le ensució el rostro con el pútrido hedor de su boca, pero no se dejó amedrentar.

—Disculpá, pero ya teníamos un compromiso previo —le dijo con una sonrisa—. Si tenés algún problema, hablá con Manolo en el bar y lo podemos resolver.

El viejo entrecerró los ojos todavía pegado a Alexis, olfateando el aire como si pudiera distinguir el miedo o la mentira; pero no debió encontrar nada porque a los pocos segundos se separó y se fue de allí sin siquiera decir «Buenas noches», cosa que Alexis agradeció con un largo suspiro.

—Vamos, Donna, vení conmigo. Ya te hiciste la noche, ¿o no?

La muchacha se tocó el pecho contando al tacto los billetes que debía tener allí y se encogió de hombros. No esperó que Alexis se despidiera del cantinero, sino que ya enfilaba hacia la puerta.

La noche estaba bastante fría a pesar de estar entrando la primavera. La lluvia intermitente que caía desde hacía varios días había parado un poco y dejó en el suelo pequeños charcos en los

que se reflejaban las estrellas. Donna las miraba desaparecer bajo sus pisadas, o al menos eso parecía debido a su andar con la cabeza inclinada. No importaba qué tan cerca estuvieran las estrellas, pensó Alexis, estas seguían siendo imposibles de tocar.

Después de estar encerrados en aquel pequeño cuchitril que era el bar, atestado hasta el pescuezo de clientes, las calles se palpaban holgadas, vacías y glaciares. Alexis se preguntaba si así se sentiría Donna ahora que no estaba Cherry para acompañarla a su casa como antes solía hacer. Al menos él sí se dejó arrastrar por su soledad y esa envidia que a veces lo atacaba cuando veía a las dos muchachas juntas. Una envidia que ahora le daba culpa.

Iban tan ensimismados que casi no escucharon el ruido de unos tacos acercándose por la vereda. Al alzar sus miradas, se encontraron con la persona más inesperada. Cherry no parecía haberse dado cuenta de su presencia. Miraba el suelo, los mismos charcos que ellos, e iba destruyendo, con sus tacones de aguja, las pelusas blancas que eran la luna y las estrellas sobre el agua. Parecía casi adrede: levantar el pie y volver a bajarlo justo sobre un pequeño punto claro sin tratar de esquivarlo, ni al agua ni a la estrella.

La sombra del cuerpo de Donna, que asemejaba a un enorme globo de aire, estuvo a punto de ser reventada por los puntiagudos zapatos de Cherry. La joven morena se paró en seco al notar la desaparición de las estrellas y de toda luz en su sendero, y los miró con el asombro pintado en sus facciones, con una sorpresa que hacía tiempo que Donna no le veía porque las sorpresas generalmente las daba ella y no al revés.

—Donna... —La escuchó llamarla. Su voz sonó grumosa mientras retumbaba en la pequeña callejuela que estaba a un costado, más grave de lo que ya era en realidad su tono. Habían pasado largas semanas desde la última vez que las escuchó hablarse, pero Alexis estaba seguro de que nunca había pronunciado aquel nombre con tanta tristeza y devoción como en aquel momento. Cherry parecía capaz de beberse cada una de las pequeñas letras que lo conformaban, como un elixir.

No sabía si era un efecto del viento gélido que soplaba sobre las grietas del empedrado, pero parecía que las piernas y zapatos de Cheryl temblaban sobre el charco de agua en el que estaba parada. Su sospecha se vio confirmada cuando, al querer retomar su camino, esos tobillos delgados que siempre la habían sostenido erguida fueron vencidos por su peso, y a punto estuvo de caer antes de que Donna la sostuviera entre sus brazos y la apretara contra su pecho. No obstante, la petacaona mujer no era lo suficientemente fuerte para esa tarea, así que Alexis, luego de reponerse a su sorpresa, cargó a Cherry desde el otro hombro.

—¡Ey, Cheryl! ¿¡Qué te sucede!?! —le preguntó Donna asustada. La boca de Cheryl, que había quedado cerca del cuello de la otra joven, jadeó cuando Donna tiró un poco más de ella para ayudarla a enderezar sus piernas. El cabello negro le caía a Cheryl como una cortina sobre su rostro y estorbaba, así que Donna levantó su mano y lo corrió para poder mirarla. Sus ojos y los de Alexis se abrieron sorprendidos cuando la luz de la luna pegó de lleno en las mejillas de azúcar morena y las notaron blancas como papel de recetario de médico—. *¡Mamma mia, Cheryl! ¡Estás hirviendo! ¡Estás enferma?*

—No es nada por lo que tengas que preocuparte, Donna.

—*Ma*, ¿¡cómo que no!?! Parece que hubieras regresado de un aquelarre. —Alexis las escuchaba interactuar con esa familiaridad de siempre que, al parecer, no se había perdido—. Deberíamos ir a que el primo de Manolo te reví...

—¡No! —El grito casi logra que la suelten, pero ambos se mantuvieron firmes a pesar del temblor de sus manos ante el susto. Cheryl pareció pensar un poco más sus siguientes palabras porque tardó en continuar—. No estoy tan mal y no sería bueno preocupar a Jaime por nada. Vamos, ya podés soltarme.

Alexis vio a Donna dudar y luego negar con la cabeza.

—No, no te voy a soltar... Si no querés ir a ver a Jaime, está bien, pero iremos a mi casa y te vas a quedar allí. Tengo algunos remedios de la última vez que me enfermé... Solo esperemos que no estén vencidos.

—Donna... —Cherry parecía dispuesta a quejarse, pero Donna no se lo permitió.

—¿Qué? —le preguntó en un tono seco que poco iba con la suavidad de su voz; una voz de mando, algo aguda, que solía escucharle solamente cuando esta se peleaba con Cherry. Y la joven morena al parecer no tuvo el valor de enfrentarse al enojo de esa petacaona mujer porque sonrió y le dijo:

—Gracias.

Así caminaron los tres en silencio, aplastando estrellas con sus pisadas y tratando de hacer como que no escuchaban los pequeños gemidos o suspiros lastimeros que soltaba Cherry cada tanto en el silencio frígido de la noche. Cuando llegaron hasta la puerta de la pensión en la que vivía Donna, Alexis estuvo a punto de entrar porque era seguro que necesitarían un poco de su ayuda, pero la mirada de Donna le respondió lo mismo que la de él.

—Andate, Alexis, que yo me ocupo de aquí en más. Descansá.

Alexis le dio un beso a cada una en la mejilla y se despidió. Por dentro, esperaba que las muchachas pudieran resolver sus problemas.

—X—

Donna corría de un lado al otro por su habitación, buscaba frazadas y sábanas limpias para poner en su cama. También cambió los almohadones por unos más cómodos. El ruido de la única gotera que aún seguía lagrimeando sobre su alfombra era reemplazado por el salpicar del agua contra la cerámica de la tina. La puerta entreabierta daba al cuarto la suficiente luz como para que Donna no chocara con nada entre las penumbras. La única lámpara con aceite que tenía se la había dejado a Cherry para que se bañara tranquila mientras ella acomodaba las cosas. Había maldecido en veinte idiomas diferentes —los gajes de tener clientes internacionales— cuando recordó que todavía no había repuesto las velas y el aceite. Claro, desde que se había peleado con Cheryl, lo único



que hacía al llegar a casa era dormir; y de día, cuando despertaba, nunca las necesitaba. Por suerte, la costumbre le había ayudado a encontrar todo lo que buscaba mientras esperaba que la otra mujer saliera del baño.

Donna estaba un poco nerviosa, y los nervios habían ido en aumento a medida que los minutos pasaban. Se suponía que ella estaba enojada con Cherry, pero su personalidad maternal le había hecho olvidar el pleito en pos de cuidarla; aunque, en su defensa, era la primera vez que veía a Cherry en tan mal estado.

—¿Te falta mucho? —le preguntó para tratar de borrar el silencio y, con él, todas las ideas terribles que se arremolinaban en su cabeza—. Aquí te dejo... ¡Cielo santo!

Las toallas cayeron al suelo al llevar las manos a su boca para tratar de contener el grito que pugnaba por cruzar sus labios. Cherry no parecía mucho más tranquila sentada al borde de una tina que no era la suya porque ahora, donde antes había agua translúcida, ríos oscuros, como víboras espectrales, serpenteaban hasta mancharlo todo con su tono.

—Donna, tranquilízate —le dijo Cherry. Tenía las piernas sumergidas y el cuerpo encorvado hacia delante, así que no podía ver su rostro. El tono desgastado en el que habló no ayudó mucho a calmarla, y si Donna no dijo palabra alguna fue porque, simplemente, todo sonido se negaba a salir de su boca. Mientras esperaba que la labia volviera a ella, observó el cuerpo moreno, pálido bajo las luces de la lámpara. Había sobre su piel manchas oscuras que se confundían con el juego de sombras de la llama, pero lo que más miedo tenía de ver estaba oculto.

Donna dio un paso y el cuerpo largo de la otra muchacha tembló.

—No te acerques, no tenés por qué ver esto, Donna.

Donna estaba segura de que Cherry nunca había dicho tantas veces su nombre como aquella noche, como si fuera necesario nombrarla en cada oración que escapaba de entre sus labios, al igual que un mantra. No obstante, Donna volvió a dar otro paso.

Y otro. La joven morena bajó aún más la cabeza, derrotada, esperando su reacción.

Donna hubiera querido decir algo, pero sus ojos fueron más elocuentes que ella cuando la primera lágrima se balanceó por su mejilla hasta caer sobre aquel otro líquido salado que llenaba la tina.

Los vellos sobre el pubis oscuro se enredaban entre ellos, culpa de la costra reseca de sangre que los cubría. La luz de la lámpara ayudaba a ocultar el verdadero horror que se escondía en esa zona tan delicada del cuerpo de Cherry, del cual seguían cayendo pequeños rubíes ácidos que recorrían la longitud de sus piernas hasta chocar contra el agua. En el camino, el color se acrecentaba al mezclarse las gotas de sangre con los pequeños tajos y rasguños que marcaban la piel de sus muslos. ¿Qué animal haría algo así?

—No.

¿Había llegado primero la palabra a su boca o la idea a su cerebro? Donna no sabía. Ya no sabía nada. Y la sonrisa compasiva que los labios de Cherry imitaron una vez más, solo para ella, terminó de confirmar sus sospechas.

Fueron segundos, pero comprendió tantas cosas que estuvo segura de que la cabeza le estallaría en cualquier momento. Y al frente de todo, estaban esas sonrisas que le rompían el corazón.

—No, Cheryl, no —sollozó Donna mientras tendía una mano y era tomada por la otra. Su piel blanca, teñida de anaranjado por la lámpara, se oscureció con la sangre fresca y pegajosa que todavía estaba en la palma de Cherry.

—Perdón por robarte a tu galán —le dijo ella después de unos segundos y Donna volvió a perder el don del habla. Tuvo que levantar los ojos y dejar de castigarse con el paisaje aterrador que eran los muslos de su amiga para asegurarse de que sus oídos no la habían traicionado, porque aquello debía ser una broma.

—¿Mi galán? ¿Mi... galán? —le preguntó consternada.

—Vi cómo nos observabas cada vez que nos íbamos... Pero, después de esa primera noche, supe que no podía dejar que se te acercara. Y cada vez que me lo llevaba, parecía que un pedazo de

vos se te escapaba por los ojos... No podía desilusionarte. Él también se dio cuenta y así me tenía agarrada. Perdoná.

—*Aspetta*. —Donna no había interrumpido antes su verborragia porque, sinceramente, no entendía de qué estaba hablando. Y ahora que lo había hecho, tampoco sabía cómo explicarle, cómo decirle... Se sonrojó. De alguna manera, ella siempre se había escudado en los pleitos para que no se notara, pero no sabía que Cherry había visto más de ella de lo que quería. Aunque, finalmente, lo hubiera malinterpretado todo—. Esperá, Cherry, ¿dejaste que ese *maledetto* te chantajeara... por mí?

La muchacha no dijo nada, pero el silencio habló por sí solo. Donna estaba furiosa, sin embargo, no era el momento ni Cherry la culpable. En ese mutismo, los minutos fueron sucediéndose mientras Donna se dedicaba a limpiar ese cuerpo moreno que temblaba cada vez que su mano presionaba en sus heridas. A pesar de que nunca había visto a Cherry tan desprotegida en su metro setenta y cinco, la muchacha morena se negaba a soltar quejido. Donna comprendió a qué se había debido el jadeo lastimero que soltó cuando la abrazó en la calle. La idea del dolor silencioso que estaba sopor-tando hizo que se mordiera el labio. Casi agradecía estar de espaldas a la pequeña lámpara de aceite porque no quería que Cheryl viera que estaba llorando mientras la limpiaba. La mano ajena que borró el rastro salado que corría sin rumbo por su mejilla le hizo saber que la otra tenía mejor vista de lo que ella creía.

Donna alzó la mirada y la vio sonreír. Era una imagen lamentable: tenía los pómulos pálidos y los ojos se le entrecerraban por la misma fiebre que la humedecía de un sudor frío y viscoso como la sangre.

El instinto maternal volvió a aflorar, o tal vez era otra cosa. No obstante, la necesidad era la misma: la de mimar ese cuerpo largo y tembloroso, de besar cada rasguño y herida... Ganas de llevarla a la cama y acunarla en su pecho mientras recordaba alguna nana que su anciana nona le cantaba cuando era niña para ayudarla a dormir.

Escurió el trapo en la pequeña palangana y volvió a pasarla sobre los muslos.

—Tenemos que sacar toda la sangre seca... puede infectarse.  
—Su voz salió estrangulada, incapaz de hablar y menos de hacer mayor presión sobre las heridas. Pero lo hizo. Los músculos de las piernas se tensaron bajo sus manos y se obligó a no parar, a seguir sacando toda esa costra oscura de sangre seca y la que aún manaba de algunos de los cortes. Cherry no se quejó y Donna se lo agradeció. No sabía qué hacer si la escuchaba gritar.

Poco a poco, la piel morena resurgió de entre el carmín y, fiel a su impulso, Donna desperdigó pequeños besos sobre los muslos, embebiéndolos con su cariño, con sus disculpas y con las lágrimas que todavía afloraban.

El cuerpo delante de ella continuaba temblando, y era imposible saber si ocurría por el frío, la fiebre o la caricia de sus labios. Una parte de ella deseó que fuera solo a causa de sus besos, pero sabía que no era así.

—Vení, ¿podés caminar?

Donna había vuelto a eruirse y le tendió su mano para ayudarla a salir de allí. Antes de abandonar el baño, hundió su mano libre en el líquido rojo de la bañera sin atreverse a mirarlo. Le daba asco, y no porque fuera sangre y menos porque fuera de Cherry. Le causaba repugnancia por todo lo que representaba: la suciedad en la que se había hundido Cheryl para protegerla.

Pero ya no más. Que se fueran por el desagüe sangre, hombre y todos los malos recuerdos que tuvieran de todo aquello.

La ayudó a caminar, acompañada por la vibrante luz de la lámpara que recreaba extrañas figuras en las paredes a su alrededor. Parecía que ojos las espían desde los rincones y Donna deseó que fueran ángeles que rezaran por ellas esa noche. Dejó la lámpara en la mesa de luz al lado de la cama y se alejó un momento de Cherry para descorrer las sábanas y frazadas, y poder acogerla entre ellas. El cuerpo se tendió con una suavidad que casi dolía ver, pero Cherry le sonreía tratando de no preocuparla y Donna le devolvía la sonrisa para que ella tampoco se preocupara.

—¿Tenés frío?, ¿querés alguna frazada más? —Acomodaba las sábanas para taparla bien; los dientes blancos de Cherry brillaron

como un sol en la noche, uno que, por más que quisiera que la tranquilizara, no podía lograrlo.

—Estoy bien, *mamma*. Acostate de una vez que estás a punto de darme una úlcera.

Inmediatamente, Donna frunció los labios e hizo un puchero, *como en los viejos tiempos*, pensó. Y el enojo no le duró mucho.

—Y yo preocupada por vos —le picó—, desalmada.

Tomó la lámpara de nuevo y dio la vuelta a la cama para poder meterse desde el otro lado. Antes de apagarla, se acomodó bajo sábanas y frazadas, y volvió a subir un poco más las que estaban sobre Cheryl. Se giró para quedar de costado sin darle la espalda a su acompañante. Las nubes de lluvia que corrían por el cielo como amodorradas habían desaparecido lentamente y dejaron que la luna llena iluminara a media luz la habitación. Donna abrió los ojos y se encontró con los de Cherry, quien la miraba también a cara limpia: sin sonrisas, sin lágrimas, sin nada. La muchacha abrió los labios y le dijo:

—Gracias.

Donna no respondió y tragó saliva mientras buscaba la mano morena por debajo de las sábanas para apretarla.

«Recen por mí, porque ya estoy perdida», se dijo abrazándose al cuerpo cálido de la muchacha. Las sombras en la habitación temblaron ante los pensamientos que corrieron por su cabeza y se quedaron quietas al fin cuando ambas mujeres se durmieron. Tal vez sí estuvieran rezando por ellas.

*Las paredes del cuarto relucen cubiertas de lo que parecen cuadros caros. Sus clientes nunca la habían llevado a un lugar así, pero él no es un cliente habitual ni como uno de ellos. ¿Se puede llamar cliente a alguien al que le pagas con tu cuerpo para proteger algo? Porque eso es lo que Cheryl hace. El cobertor bajo sus pulgares es suave al tacto, como felpa. Ella aprieta los dedos contra la tela y arranca, sin darse cuenta, algunos de esos finos pelos de los que está hecho. La boca que jadea contra sus pechos desnudos le repugna, pero, aparte de la tensión de sus*

*manos, no hay signo de disgusto en ella. Sin embargo, el hombre que en ese momento no lleva sombrero parece capaz de ver a través de su alma.*

*Las manos grandes y mimadas de aquel se acercan a sus muslos y, con sus uñas y nada más que con ellas —aunque una pensaría que tiene garras—, comienza a arañar allí con saña, de una manera lenta y premeditada para que el dolor tenga tiempo de recorrer las terminales nerviosas de la piel morena y llevar toda la información hacia su cerebro. Cheryl frunce el ceño y sonríe sin querer darle el gusto de verla rogar, a pesar de que sabe que aquello solo logra enfurecerlo y que sean más las heridas en su cuerpo. Ella las soporta con estoicismo. A Cheryl no le importa nada y, como cada vez que aquello sucede, cierra los ojos al escuchar el tintineo del cinturón y se abandona a la negrura, tratando de llamar a la inconsciencia cuando la primera dura embestida arremete contra su maltratado pubis. Hoy parece que el hombre está de mayor mal humor que de costumbre, ¿o será —por el contrario— que la felicidad lo hace más sádico?*

Cuando el ruido del primer golpe —seguramente descargado contra una mejilla— se oyó entre los lujos de la habitación, Donna despertó sobresaltada. Sus ojos, acostumbrados luego de un rato a la oscuridad, buscaron entre las sombras el cuerpo de Cherry que dormía a su lado. Algo en su pecho se relajó al verla dormir en paz, como si nada la persiguiera en sueños. Levantó una de sus manos y acomodó el cabello revuelto que descansaba contra la almohada; después, demoró sus dedos entre las hebras oscuras y disfrutó de su suavidad.

—Estoy bien, *mamma*. —La voz de Cherry la sorprendió, pero no alejó su mano del pelo y siguió acicalándola. Donna sintió el pecho inflarse de orgullo y otras cosas que todavía no podía poner en palabras al notar cómo la muchacha empujaba su cabeza contra sus dedos, como un gato lo haría. Tragó fuerte y se humedeció la boca que de pronto se sentía seca como un desierto.

—No era él quien se llevaba un pedazo de mí cada noche —dijo en un susurro, pero la magnitud de su confesión era tan grande que bien podría estar gritándola desnuda en el medio del *boulevard* más concurrido de la metrópoli. La respiración de Che-

rry desapareció de entre los sonidos de la habitación y, como si no hubiera nadie que escuchara a Donna, continuó—: Pensé... pensé que había pasado lo único que nunca debía pasarnos. Todas nos advierten que no debemos enamorarnos de nuestros clientes. Es una regla muy fácil.

—Donna... —Su nombre volvió a sonar como una plegaria y, esta vez, Donna tenía la llave para descifrar el código; podía leer la partitura de esa voz y lo que siempre había tratado de decirle.

—No hay que enamorarnos de nuestros clientes. Eso es lo fácil —volvió a repetir—, pero nadie te dice que no te enamores de...

—No lo digas si no es verdad —le suplicó Cheryl, quien se hundía en su pecho sin querer escucharla.

—... de tu compañera —continuó con la voz un poco más fuerte y abrazó a Cherry. La misma muchacha que había soportado sus curaciones sin siquiera soltar un pequeño grito ahora humedecía el frente de su camisón y Donna, como buena *mamma*, compañera y todo lo que Cherry le permitiera ser, se dijo que ese hombre no volvería a ponerle una mano encima a ella ni a nadie.

—X—

Los hombres del bar se extrañaron cuando ninguna de las dos mujeres hizo aparición al llegar la noche. El lugar, que siempre se llenaba de carcajadas, estaba sumido en murmullos, y ninguno prestaba atención a sus cartas ni a las de su contrincante mientras barrían con la mirada el pequeño y oscuro salón en el que se encontraban. Alexis, frente al piano, acariciaba las teclas como si todos fueran a huir de allí de hacerlo muy fuerte. Una parte de él, al ver que se habían ausentado juntas, se alegraba, pero ¿quién curaría el frío de sus huesos si no estaban?

Los viejos melancólicos y Alexis debían perdonarlas, pues ellas ya no podrían volver por allí. Esa misma noche, alguien encontraría el cuerpo del hombre misterioso en un charco de su propia sangre, en una callejuela no muy lejana a la cantina. Las estrellas,

como si le rehuyeran, no se reflejarían ni en su sangre ni en su cuerpo, y lo envolverían en secretos una vez más.

Alexis sería el primero en unir las piezas del rompecabezas, y esperaba que, para cuando la policía se diera cuenta, ellas ya estuvieran muy lejos de allí. Lejos, en campos de verdes opacos y flores rojas como labios dispuestos a recibir besos. Tal vez no hubiera un cielo para ellas, para él ni para muchos de los que visitaban el bar, pues demasiados eran los pecados cometidos; pero, mientras vivieran, nada les impediría a Cherry y Donna disfrutar el aquí y ahora.

Alexis y todos los asiduos que las conocieron las extrañarían por esos pagos, pero el saber que había un final feliz para, aunque sea, alguien, los llenaba de ilusión. Y es que no hay, en esta vida, licor o droga más peligrosa e intoxicante que la esperanza.







[contacto@taikaeditorial.com](mailto:contacto@taikaeditorial.com)